

VARIACIONES
PARA UN
SAXO

A black silhouette of a woman in a form-fitting dress is positioned inside the letter 'O' of the word 'SAXO'.

ANTONIO
RODRÍGUEZ
ALMODÓVAR

VARIACIONES
PARA UN
SAXO



algaida



Las citas del poeta latino Cayo Valerio Catulo están tomadas de la traducción al español de Miquel Dolç.

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: febrero de 2022

© Antonio Rodríguez Almodóvar, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-697-5

Depósito legal: SE. 2156-2021

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Nota a la presente edición.....	9
1 (Sevilla-Madrid, años 60-70 del siglo pasado).....	15
2 (Sevilla, años 50).....	34
3 (Madrid, finales de los 60).....	38
4 (El pueblo, años 50).....	66
5 (Sevilla, primeros años 60).....	70
6 (El pueblo, años 50).....	86
7 (Madrid, 1974-1975).....	89
8 (El pueblo, años 50).....	115
9 (Madrid, finales de los 60 y comienzos de los 70).....	119
10 (El pueblo, años 50).....	173
11 (Sevilla, mediados de los 60. Madrid, finales de esa década).....	176
12 (El pueblo, años 50).....	200
13 (Madrid, 1975).....	203
14 (El pueblo, años 50).....	230
15 (Madrid, finales de los 60).....	234
16 (Sevilla, primeros 60).....	241
17 (Sevilla, mediados los 60).....	243
La crítica dijo:.....	254

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

ESTA NOVELA SE PUBLICÓ EN 1985, EN UNA COLECCIÓN que se llamó «Novela Cátedra», de la editorial de ese nombre. El texto final llegó después de muchos tanteos, a partir de historias independientes, contadas por un mismo yo compulsivo. Un yo que mezclaba asuntos de infancia con otros de una juventud combativa y sacudida por los deseos de libertad, entre los asfixiantes límites de la dictadura; las primeras huelgas, la rebeldía estudiantil, los sucesos de mayo del 68, y la agonía del dictador. Descartado que ningún editor se atreviera a presentar ese conjunto de relatos al trámite obligado de la censura, metí el manuscrito en un cajón, como hicieron otros escritores con los suyos, en aquel tiempo funesto. (Cuando digo *funesto* me refiero también a la espantosa vulgaridad del franquismo). De allí lo sacaba de vez en cuando, lo retocaba, lo volvía a guardar. Así hasta que en 1975 desapareció el insufrible. Se produjo entonces un efecto curioso: con la libertad y la euforia inicial que trajo la democracia, me di cuenta de que aquellos relatos eran fragmentos de una misma historia. De tanto como habían padecido en la oscuri-

dad, era como si el conjunto hubiese madurado en secreto, hacia una forma completamente distinta: una novela, o quizás una peculiar *antinovela*, que creo es lo que resultó *Variaciones para un saxo*. Así al menos me lo parece ahora, queriendo ver, entre lo más característico de ella, una impugnación de todo canon narrativo, así como de todo trascendentalismo. También creo percibir que el verdadero debate que subyace a la narración es el de existencialismo/marxismo/psicoanálisis, que impregnó una época y acabó desgarrándola. (Por entre los desgarros se coló, por cierto, el capitalismo salvaje).

Vuelvo a sorprenderme de la curiosa estructura con que todo eso se manifiesta, y de la que solo ahora soy consciente: la de tres historias de amor en contrapunto, a modo de ironía dialéctica; más otra línea triangular, en el interior de una de ellas, que da consistencia al que fue seguramente el primer *trío* de la narrativa de esos años, con naturalidad de sentimientos y desparpajo de sexo compartidos. Pero más me sorprende la buena acogida que le dispensó la crítica, en general, con la sola excepción de un diario de derechas, lo cual no hizo sino confirmarla. Y que esté considerada como una de las pocas narraciones que se ocuparon en España, no solo del final de la dictadura, sino también de ese extraño y maravilloso fenómeno cuasi global que se llamó *Mayo del 68*. La única vez en la Historia en que han tratado de aunarse revolución social, revolución sexual y revolución cultural. Todo a la vez. Un puro disparate, para algunos. Una utopía estimulante para otros, entre los que me cuento.

Amén de repasar el texto —poca cosa—, he desarrollado para esta edición un episodio que solo estaba apuntado en la primera. Se refiere a una colonia de nazis refugiados en España, protegidos por el franquismo, que con diversos camuflajes funcionó en Madrid hasta finales de los años sesenta, y en

algunos sitios bastante más. Un asunto escabroso, para los propios fascistas españoles, que conocí con más detalles después de la primera edición de la novela. No deja de ser secundario en el curso de la trama, pero creo que debo advertirlo y pedir disculpas a los lectores de la primera edición.

El autor.
Enero de 2022

(Al final del texto se reproducen fragmentos de algunas de las críticas que recibió la novela entre los años 1986 y 1987).

«Hay libros a los que no es preciso atreverse hasta
haber cumplido los cuarenta años».

Marguerite Yourcenar

(SEVILLA-MADRID, AÑOS 60-70
DEL SIGLO PASADO)

HAY UNA PLANTA RARA, DE LAS QUE LLAMAN *BEGONIAS de verano*, que cumple su ciclo vital durante esa estación. A decir verdad, es fiel a su cita con el calor hasta un punto raramente notable: solo entonces se la ve nacer, desarrollarse y morir. Aun esto último lo hace de un modo peculiar, pues se reseca y se consume hasta no dejar rastro alguno de su abundante y efímera existencia. Ello no impide que al verano siguiente vuelva a brotar, como por encanto, y a desplegar sus grandes hojas en forma de pulmón, que muestran por el envés un profuso relieve de arterias sanguíneas. Vienen luego unas florecillas color grana, que más parecen segregadas del extraño humor que la transita. Dicen de esta planta, sin duda atormentada en su aclimatación desde otras latitudes, que trae la mala suerte. Tal vez sea por esa insostenible mezcla de lo vegetal con lo animal.

En el reino de las cosas inertes hallamos la extensa red de los ferrocarriles. También ella simula, con su trama de hierros fríos y húmedos de escarcha, esa otra que conduce a un núcleo llamado corazón. A veces ese corazón se llama Madrid,

ciudad burocrática. A veces es una escarcha baladí llamada lágrimas la que recubre de impalpable helor las venas entrañables de nuestra bóveda pectoral, donde se enredan los jardines de antaño con begonias de sangre que mi proyecto de suegro, el forzado, detestaba.

También me detestaba a mí y nunca supe por qué. La pobre Amparo, su hija, mi primer amor, se columpiaba aquella tarde al fondo del jardín, sin duda para acompañar la zozobra que la invadía, mientras su padre arrancaba las «malditas begonias», a la par que discutía conmigo, ya en la verja. Y lloraba, la pobre Amparo, viéndome partir resolutoriamente en el primer tren largo de mi corta vida. Adiós, adiós, vida mía, siempre te amaré, te amaré siempre. Nos casaremos con el primer sueldo que me den en esa cueva de nazis donde mi Tío el Importante ha conseguido un agujero para mí y yo encuentre otro en alguna pensión baratísima.

Falso. Tan solo nos unía, que yo recuerde, el desamor a la estrella de ocho puntas en la bocamanga recamada de oro, más la afición a ciertos placeres primerizos de índole sexo-poética.

—Señor comandante, usted pertenece al cuerpo jurídico, y por lo tanto ni siquiera es militar, lo que se dice militar. Y además es un fascista.

Anocheía cuando me perdí por el camino de grava cenicienta, acuciado por los presentimientos de un otoño infinito. Pero de esto hacía ya mucho tiempo.

Tras unas cortas vacaciones de verano, regresé a Madrid por enésima vez. Madrid era lo más lejos que yo podía llegar, después de que la policía me negara el pasaporte y la universidad matricularme en unos cuantos años, por «actividades subver-

sivas». No obstante, siempre me acompañaba la misma sensación de la primera llegada con el comienzo memorizado de una novela que nunca escribiría casi susurrándolo.

—Aquel amanecer de octubre, con la niebla saturada por el vapor de los trenes en la vieja estación del Mediodía, la bóveda acristalada, alta y sucia, donde habían resonado los gritos de tantos corazones, y nunca por mí, jamás por mí, aunque me gusta creer que no se lo hubiera permitido a ninguna, tiernas y gráciles como el olvido; ni a Vibeke, ni a Françoise, ni a Cristina siquiera. Sino que hallaba una suerte de complacencia en discurrir yo solo entre la gente, los equipajes, los altavoces, los abrazos que acrecientan el miedo. Tan solo la dulzura de mi saxofón adolescente me envolvía en su recuerdo, precisamente allí. Por qué, oh dioses del *free jazz*, por qué tuve que dejarlo cuando ya besaba con tanta fruición por su negra embocadura de sueños, y en su lugar esta pipa tediosa a la que me aferro con los dientes, una vez más, por los andenes, abriéndome paso, ay, Madrid de golpe, por el largo túnel del metro, engullendo y defecando a placer gracias al calorcillo provinciano que le entra por esta turbulenta cámara de los chirridos, de los quejidos, de los alaridos, por el ano principal de Atocha.

Recuerdo que la primera vez (¿pero hubo una primera vez?) traía anotadas las señas de una pensión «modesta pero limpia» en la contraportada de una novela de Knut Hamsun, mi ángel de la guarda ferroviario, antes de que Vibeke me dijera que tan dulce escritor había colaborado con los nazis que se adueñaron de Noruega; los mismos que habían prohibido el *jazz* en París, durante la ocupación, según me informara más tarde Françoise. Me las había facilitado —las señas— doña Isabel, la amiga de mi madre, con la que ahora compartía largas veladas de galletas y avemarías, aduciendo que estaba «en el mismo corazón de Argüelles».

Y mi mente en paralelo.

—Oh manes del *free jazz*, por qué acudís desde entonces a todas mis llegadas, a todos mis trenes, con vuestro descaro, a llenarme la cabeza de vuestras brutales ansias, si sabéis, si lo sabes, Coleman, que toda la rebeldía transpirada en el sudor de un saxo no ha de llegar nunca a la multitud que te ignora, pues es sabido que las masas tienden de modo natural al reformismo, no a la revolución, y te ignorarán siempre, por miedo, por no querer enfrentarse consigo mismas y expresarse aunque sea junto al grito aberrante de un saxo tenor cuando rompe tercamente toda melodía, mezclando sutiles disonancias, del Chicago doliente al París de la revuelta felicidad de estos tiempos, vosotros que por querer negar a Hawkins y a Benny Carter no hacéis más que repetirlos, porque nada puede superar la música que se inventó desde un autobús atestado recorriendo la América esclava en los umbrales del poder total, ay, si yo fuera capaz de expresarle al gentío que discurre silencioso por las alcantarillas del metro madrileño un ápice al menos de la compasión que nadie siente por ellos, susurrar en su oído una leve caricia de terciopelo, contigo, Miles Davis, un poco de desorden, un hálito de frescor cuando al fin se asciende por la peligrosa salida de la Puerta del Sol a la que caen obreros y estudiantes desde las ventanas de la Dirección General de Seguridad, y uno se topa de pronto con el gris amanecer de todos los otoños.

El taxista debió comprender que yo venía muy asustado y me condujo silenciosamente. Espiaba, según me pareció, las bocanadas de humo que le extraía a aquella pipa pequeña conforme tataba para mi interior. (No, no podía ser la pipa pequeña, porque se la quedó Vibeke, a cambio de un cuchillo esquimal, y el cuchillo esquimal se lo regalaría yo más tarde a Françoise, o fue tal vez a Román, o a Luis, o a Enrique... No lo recuerdo).

Ninguno de mis amigos había vuelto aún. Esto debía de ser ya por el cuarto o quinto entonces, pues era la época en que tataba música clásica, lo recuerdo muy bien, el *Concierto en do mayor* de Haydn, y este disco lo tenía solamente Françoise, que lo había comprado en Roma, ciudad fotográfica. La insólita Françoise, que, la verdad sea dicha, estaba completa y maravillosamente loca.

Lo sabía con certeza, pero sentí la necesidad de llamar por teléfono a casa de Enrique, sin éxito. Enrique veraneaba en Santander y aún estaría ocupado en sus incomprensibles campeonatos de bolos montañeses, o seguramente formando una nueva célula del partido por tierras cántabras. Y me quedé un rato a la puerta del apartamento de Luis. Sentado en la escalera, indagué varias veces debajo del felpudo, donde otros tiempos solíamos dejar esa llave que todos los ladrones y todas las policías del mundo saben que está ahí. Pero nada, ni el más ligero indicio o brillo sospechosamente metálico en el reducido rectángulo sin polvo. Todavía martiricé, vengativo, aquel timbre gangoso que siempre evocaría la graciosa guturalidad de Françoise.

Apenas comenzaba el mes de septiembre. Para mí las vacaciones espiraban por aquellos días neutros del almanaque, y un despacho lleno de calor, en una calle recta de Madrid, me aguardaba. La financiera, las máquinas de calcular, la distribuidora de películas. Me inclino más bien por la primera, en la que trataba de ignorar lo evidente: la caverna de ratas nacionalsocialistas en la que mi Tío el Importante me había metido. (Suerte que este empleo duró poco, si casi todos aquellos asquerosos múridos acabaron emigrando a Uruguay o a Brasil). Veía a mi jefe consultando la fecha de mi regreso y hasta la hora exacta en que debía aparecer.

—Todavía no habrán quitado los ventiladores.

Murmuraba este pensamiento para refrescar los últimos momentos de la playa, y añadía:

—La fácil victoria del ventilador sobre la señorita Águeda, oficial primero, cincuenta años, en contraste con la imagen de Rosa María paseando (atardecer, fundido primer plano señorita Águeda, gran plano general playa ocaso) por la orilla del mar. —Pero podía ser mejor—: La vieja señorita Águeda, sujetándose el pelo con una mano a cada giro del ventilador, pues de no ser así quedarían al descubierto las miserias de un teñido barato.

El remate lo conseguía ya cerca de mi estación, todo lo más en las escaleras de superficie:

—En cambio Rosa María, con esplendente tersura en su piel, busca para sus cabellos rubio mate la orientación de la brisa oceánica, como Eco, la ninfa que tuvo el desvarío de enamorarse de Narciso. Y sonrío, no sabe bien por qué.

Me endulzaba la boca con el parrafito de aquella novela que nunca escribiría y emprendía a pie el último trayecto hasta la oficina desde la boca del metro, procurando que nadie me viera murmurar y sonreír solo.

De nuevo, como tantas veces, me invadía el sopor de un largo viaje sobre media España, como una forma sucia y blanda, cuando pulsé el timbre de la pensión. También aquí tuve que esperar unos minutos. Por fin se abría la puerta y aparecía mi patrona, queriendo alegrar unos ojos hinchados y tendiéndome una mano húmeda, que de nuevo yo habría de sostener como se sostiene la cola de un animal muerto, si bien en sus pupilas centelleó un instante una esperanza de lo más vulgar: la de llenar el puchero de la pensión, cada cierto tiempo, con la carne procedente de las cacerías de mis jefes

alemanes. Para ello, yo solo tenía que asistir al término de unas reuniones clandestino-toleradas y estrechar sus manos de pulcros gorilas, cuando ya recogían las banderas con la esvástica, tras una bacanal alcohólica de patriotismo freudiano. Ni siquiera mi Tío el Importante sabía de esta repugnante farsa, que yo había sorprendido, por casualidad, un día que fui a recoger la firma de *herr* Bruskin, para un documento urgente. Allí me atendió una señora mayor, musa pretérita, tintineando joyas de arriba abajo, que se me quedó mirando fijamente, con un rictus de sonrisa, mientras me alargaba el documento ya firmado, sin acabar de soltarlo. Como si, más allá de un juego inquietante, quisiera cerciorarse de quién era yo realmente. Y sentí de repente un miedo helado recorriéndome la espalda, reflejo tal vez del que sintieran millones de judíos en la antecámara del gas, viendo aquellas alhajas confiscadas a tantas mujeres, nada más llegar a los campos de exterminio. Y habían pasado más de veinte años de acabada la guerra mundial. En todo caso, a mi tío, ni una palabra, por más que probablemente le hubiera divertido, pues de su amor al fascismo ya solo le quedaba, creo, un resto de sarcasmo.

Estaba casi todo sin ocupar y me quedé con la habitación más fresca, una interior, amplia y con ventana velada por visillos amarillentos, que daba al hueco del edificio. Dentro olía a insecticidas y tuve que abrir de par en par. Allí estaban otra vez mis cuatro paredes grises manchadas con grasa de ascensores prehistóricos, con la tizne de las calderas de invierno. Cuatro pisos más por encima y un cielo caliente en lo alto, como una piscina invertida de aguas estancadas.

Dos camas, un armario quejumbroso y una butaca coja. Me eché sobre una de las camas y empecé a fumar.

—He aquí uno de esos días que no deberían existir. Provocar una burbuja, un colapso en el tiempo.

—No, nadie le ha llamado. No, no hay ninguna carta para usted.

Y de nuevo la tenaz sensación de mi primera llegada a Madrid, acariciada por el mismo texto mil veces repetido, un amanecer de octubre con la niebla saturada por el vapor de los trenes en la vieja estación del Mediodía, la bóveda acristalada, alta y sucia, donde habían resonado los gritos de tantos corazones... Y así me adormilaba.

El señor Bruskin se sentaba plácidamente en la butaca coja de mi habitación y volvía a penetrarme con sus grandes ojos de lechuza amaestrada en academia de Frankfurt. Con su recio castellano, las manos caídas a ambos extremos de los brazos de la butaca, me hablaba y me hablaba, mientras se iba convirtiendo en mi padre. Era en realidad un susurro; un susurro negligente del que caían trozos disparatados, como sus manos, incapaces ya de asir un teléfono con mediana energía; algo más bien tóxico, de modo que sus lamentaciones resultaban inservibles ante el calendario implacable de los bancos y la dificultad creciente, otra vez el señor Bruskin, de recibir dinero de los cómplices fugados a América Latina, mientras yo, inmóvil, me iba dejando invadir por aquel fino placer deletéreo.

Desperté.

—A veces es una escarcha baladí llamada lágrimas...

Era ya de noche cuando me decidí a abrir las maletas. Primero deshice la que traía la ropa y me pareció que las camisas de verano se negaban a visitar la penumbra del armario, roído por la naftalina. Rebusqué en los bolsillos, hasta reunir una

porción de arena de playa, que deposité en un papel. Luego la metería en un sobre para enviársela a Françoise, en París, a cambio de aquella suscripción a *Paris Match* que nunca me permitió pagarle, con lo que me ataba a su erótico vientre maternal, lleno de noticias verdaderas. Debajo de una camisa apareció un oscuro traje de invierno. Introduje una mano en el bolsillo interior de la chaqueta:

—Aquí debe estar el corazón.

Después me fui a la segunda maleta, algo mayor y mucho más pesada que la otra. Allí sí estaban mis papeles, mis discos de *jazz*, mis libros viajeros: historia, filosofía, contabilidad, arte, biología, cálculo integral, poesía: Catulo, Neruda, Machado, Omar Khayam, León Felipe, clásicos griegos, Lorca..., y en los últimos tiempos aquella bolsa de propaganda clandestina, con artículos incendiarios para el periódico obrero que hubieran hecho saltar por los aires cualquier domicilio.

—A ver si te decides de una vez por algo —había repetido mi padre, meses antes, pero ya sin convencimiento, desde la butaca coja de su habitación.

Y unas quince novelas, la mayoría de autores franceses e italianos que habían burlado la frontera con éxito.

Andaba por esa incierta edad de las decisiones fatales. Algo inusual me había traído a Madrid, donde solo había encontrado un poco de dinero, gracias al señor Bruskin, y la manera de provocar en mis padres un miedo nostálgico. En cuanto a mí, la ilusión geográfica de amarlos, reunirme con ellos una vez al año, durante el verano, dejándome obsequiar con quince días de playa, gracias a lo que ahorraban del dinero que yo les remitía días antes. Así fue por lo menos hasta que él murió...

—... llamada lágrimas que recubre de impalpable helor las venas entrañables de nuestra bóveda pectoral.

Y en cuanto a mi jefe:

—Me parece que llega usted un día más tarde. A ver, a verrr —dijo el señor Trenas o el señor Urrutia, o preferiblemente el señor Bruskin, mientras repasaba su calendario de bloque, como si no hubiera controlado mis vacaciones día a día, consultado, contado y recontado. Y no por placer, sino porque no acababa de fiarse de mí, pese a que mi Tío el Importante había conectado directamente con un camarada de trincheras en la División Azul, que a su vez era íntimo del jefezo alemán de la empresa, el tal Bruskin. Curiosamente, ese *enchufe* directo había burlado mis otras andanzas «subversivas» en Sevilla, o eso creía yo. El hecho es que ni él se fiaba de mí ni yo de él. Mi pobre y desarbolada existencia adquiriría así una importancia insólita, como aprendiz voluntario de espía en las cavernas del franquismo. La fórmula final era una cortesía salpicada de bromas, que ahora le hacía emerger a la alta mesa de su despacho, riéndose y tendiéndome una mano, pues se trataba de una de sus ocurrencias.

—Bien, hombre, bien. Ahora que ya se ha divertido, traerá usted muchas ganas de estudiar. Créame que me preocupan sus estudios. ¡Un hombre tan joven y tan capacitado! ¡Con tres idiomas! Por fin, qué va usted a terminar... Bueno, no se preocupe, ya tendrá tiempo de pensarlo. A mí, yo recuerdo que...

Siempre igual. Fingir un repentino deseo de protegerme, de estimularme, y a renglón seguido contarme su vida.

Aquel jefe, a los cuarenta años ¡ya! había sido hombre de confianza de la empresa. No había estado nunca en el extranjero —salvo en Rusia—, ni siquiera en la Alemania de la que aún nos nutríamos, pero se arreglaba con dos idiomas, y mi colaboración. Se había casado a los treinta y seis, mucho después de haber estado en el frente oriental paseando un

mosquetón, con una mujer más alta que él, que le había concedido cuatro hijos, todos varones y torpes. Usaba (él) un bigotito recto, única prueba de su heroísmo, que en realidad solo servía para atenuar esa enorme distancia que tienen entre la nariz y la boca los hombres que ganaron la Guerra Civil. Creía que los problemas sociales tienen soluciones pacíficas, al contrario que todo lo demás, que requiere la artillería pesada. Exactamente lo mismo que mi primer proyecto de suegro, el forzado, suerte que me perdí por el camino de grava cenicienta, acuciado por los presentimientos de un otoño infinito.

Un montón de correspondencia extranjera me aguardaba sobre la mesa. Parte de mi trabajo consistía en asentar sobre un libro descomunal una síntesis cronológica del contenido de aquellas cartas. También la señorita Águeda, oficial primero, cincuenta años, me hizo, pelo rojizo mal teñido y escaso, muchas preguntas y en el mismo plan:

—Pues yo, hijo, tomo las vacaciones en otoño, porque ¡esas playas!, chico, qué majo vienes, tan moreno, yo, te decía...

La misma explicación desmesurada y compleja de todos los años, que yo fingía escuchar pacientemente. El resto de mis compañeros procedía de forma similar. Era lo único de lo que no me había advertido mi Tío cuando me habló de los peligros de Madrid, al recomendarme para aquel agujero. Por fin tendría que mostrar algunas fotografías en traje de baño, ¡cosa fatal!, pues enseguida todo el mundo esgrime sus billeteros, de cuyos recónditos, plastificados y un poco adheridos portafotos la comunidad patercontenta termina esgrimiendo los carnés familiares, ¡ay!, si fuera yo capaz de expresarle al gentío que discurre silencioso por las alcantarillas del metro un ápice al menos de la compasión que nadie siente por ellos.

Le había vuelto a mentir a mi jefe. Cierto que me había estado preparando por libre varias asinaturas en Filosofía y

en Físicas, para cuando las autoridades académicas volvieran a permitirme una matrícula en cualquier cosa. Tal vez me faltó valor. O fue que empecé a soñar o a conspirar con otras posibilidades. Alguien me habló de traducciones para una nueva editorial filocomunista, que murió, como todas, poco antes de nacer. No obstante, en mi cerebro hurgaba un propósito.

—Después de todo, también yo sé idiomas y nunca he salido al extranjero. Puede que algún día, señor Bruskin, se canse de usted y decida instalarme en el sillón de cuero. Y yo no sé si sabría negarme.

—Eh, oiga usted, ¿cómo puede contestar toda la correspondencia en un día?

La suerte era que el trabajo jamás competía con mi imaginación. Esta vivía por su cuenta, y aunque a veces me punzaba en las sienes, no llegaba a estorbarme en la oficina. Por el contrario, cuanto más se excitaba, mejor para las dulces tareas monocordes. Llegaba a experimentar un placer subrepticio, algo que solo conocen los grandes operadores de bolsa. Con frecuencia manejaba un magnetófono con pedal de freno, dos auriculares ajustados al cráneo, mientras oía largos informes presupuestarios grabados por el ingeniero alemán; infinidad de palabras técnicas, extraídas de esa zona de los diccionarios que mueve secretamente el mundo. Al mismo tiempo hallaba los valores en una calculadora situada a mi derecha; valores esbozados, a falta de comprobación, según cotizaciones de mercado, que solían variar cada jornada. Porcentajes, coeficientes, tablas rápidas, maravillosa astronomía del poder. Los resultados, en varias copias en la máquina de escribir, capítulo tras capítulo, sin la menor tachadura.

Mis compañeros me observaban, y una vez que vino el accionista principal, otro alemán que hablaba un castellano bárbaro y dirigía la célula toleradamente clandestina de Ma-

drid, me felicitó efusivamente. Luego, todos estuvieron muy amables conmigo.

Entretanto, como decía, mi imaginación se disparaba con idénticas celeridad y perfección hacia sus propios confines. Producía versos y melodías infinitas; tantas veces se había adueñado de mí el intempestivo e inútil deseo de recuperar mi saxofón, que al fin sucumbí, y en los últimos tiempos acabé haciendo sustituciones esporádicas por *boîtes* juveniles y, de tarde en tarde, algunos clubes de *jazz*; y sinfonías completas, novelas, filmes immaculados. Aún me duraba la excitación al llegar a casa y se prolongaba algunas horas más, hasta que decidía encerrarme en el cuarto de baño y sumergir la cabeza en el lavabo. Poco a poco se anegaban los sueños y una cucaracha venía a beber en la gota del grifo. Pero en mi cerebro hurgaba un propósito. La vieja estación del Mediodía, la bóveda acristalada, alta y sucia, la niebla saturada por el vapor de los trenes, envueltos en la sabiduría de Sonny Rollins sobre el tocadiscos, atacando melodías comerciales como si tal cosa, hasta el silencio.

Me asomaba a la ventana del cuarto de baño. Ya solo se oían los chirridos del ascensor deslizando sus contrapesos por las guías oxidadas y, a lo lejos, el fragor de la calle. Cambiaba la sesión de los cines de programa doble, grandes noticias deportivas a la boca del metro, mientras el autobús de la ciudad universitaria regresaba cargado de inocentes. Otras luces se iban encendiendo en los demás cuartos de baño. De pronto, una radio a todo volumen y una mujer cincuentona, en el principal, se daba palmaditas en la base de los senos delante del espejo. Tal vez comprendía que era perfectamente visible gracias al vidrio inclinado de la ventana. Quién sabe.

Forzosamente tenía que acordarme de Cristina. Languidecía aquella hoguera de dolor. Pero a veces se incendiaba

bruscamente y tenía que refugiarme en el martirizado rincón del armario. Omar Khayam acudía en mi auxilio: «Las hogueras del infierno no son más que una chispa diminuta en comparación con las llamas que me devoran. El paraíso, para mí, un instante de paz».

Regresé a la cama y me puse a hablar con Rosa María convertida en plumas. Dos noches antes de abandonar la playa le había pedido su dirección en Madrid. Ella la escribió, sonriente, en una página del libro que yo llevaba. Lo recuerdo muy bien. Eran los poetas clásicos griegos, en una horrible traducción neoclásica. Deletreó cansinamente el título de la portada.

—Quién lo diría.

—Y además te quedaste con el libro.

—De modo que ahora ya no puedes llamarme.

—No te rías, no tiene ninguna gracia. Pero te diré que ya me había cansado de ti. No hay esplendente tersura en tu piel, ni sabes orientar tus cabellos rubio mate contra la brisa oceánica, ni sonrías sin saber por qué. Es más, te tiendes al sol de una forma francamente grotesca, siempre alisando los bordes de la toalla para no rozarte con la arena, en esa postura que acaba en un instante con toda tu inestable belleza. Si te digo la verdad, me entraban unas ganas enormes de amarte como un perro. Pero no tienes la clase de Françoise, y hubieras terminado aullando, presa de una repugnancia barata. Pobre Rosa María. Ahora voy a desearte por última vez. Luego te morirás.

Lo malo es que siempre regresaba a la misma playa con mis padres. Lo malo es que empezaba a mezclar sensaciones, como venía sucediendo en todos los septiembres de los últimos cien años. La vieja estación del Mediodía, la niebla saturada por el vapor de los trenes... Por último, el frescor de la

iglesia del Carmen. Al comienzo del verano, todos los veranos, me entraba en ella como al azar, y me sumergía en la penumbra olorosa a colegio y a rosarios de mi abuela, a la que, ya anciana, imaginaba junto al sagrario, masticando sin dientes sus encías rezadoras.

En el septiembre madrileño, perdía el gusto por la lectura y era inútil tratar de recuperarlo. Me iba a los cines de programa doble, directamente desde la iglesia, y abandonaba la sala antes de acabar la primera película. Vibeke me comprendía en Oslo, ciudad solidaria. A ella le venía ocurriendo algo parecido. Adivinar el final casi siempre e incluso ser capaz de corregir las secuencias desperdiciadas u olvidadas por el guionista.

—Siempre he pensado que este oficio se nos daría bien.

—Lo que pasa es que me aburro con mis propios temas, con esa burda máquina de hacer intrigas, a base de peligros inminentes, encuentros fortuitos...

—Casualidades inverosímiles.

—Y todo bien aderezado con deberes morales por los que el mundo paga en taquilla para no tener que cumplirlos. Y no es que a mí me preocupe, Vibeke, tú bien lo sabes.

—Bien sé que te estás volviendo reaccionario. La dictadura se alarga demasiado y todos en este país os estáis volviendo reaccionarios. Unos por gusto, otros por miedo, otros por hastío.

—No dejes de escribirme, por favor.

—No sería mala cosa un lectorado de español en Oslo, o en Uppsala, o en Copenhague. En cuanto te devuelvan el pasaporte, ¿por qué no?

—No sigas, por favor, que me entra el delirio.

—Si no eres comunista ni nada, ¿por qué te lo retiraron?

Cuando vivía Marilyn Monroe la cosa era distinta. Nos amábamos tanto que podía ver sus películas hasta tres veces seguidas. Luego las discutíamos en forma interminable, ella —Marilyn— y yo. Todo acabó un día en que Luis entró en el apartamento por la ventana, creyendo que no había nadie y que una vez más se había extraviado la llave del felpudo, y nos sorprendió en plena tarea en el cuarto de baño. Durante algún tiempo pensé que él habría supuesto se trataba de una revista que yo había llevado allí ocasionalmente. Pero otro día me gastó una broma de mal gusto acerca de la muerte de Marilyn y nuestros amores furtivos.

También pensé visitar algún museo, pero me pareció que los de Madrid ya los había recorrido demasiadas veces. Además, un museo en verano es como un ramo de flores marchitas. Volví a llamar a casa de Enrique y una anciana me respondió con aires destemplados, teniendo en cuenta que mi contacto a lo mejor ni se llamaba Enrique. Tal vez me hubiera apetecido una partida de póker, como las que echábamos Luis, Françoise y yo cuando a él lo soltó la policía. De cualquier modo, no me quedaba mucho dinero. Con quién, en todo caso. Rosa María me había recordado a otra Rosa, la de La Gata Roja.

Un pequeño bar discretamente llamativo, por San Bernardo. Solo hombres de este lado del mostrador, solo muchachas del otro. Muchachas que se salvaban de la emigración gracias a una ligera aunque suficiente capacidad de sonreír por nada y a intensas sesiones de manicura escrupulosamente descontadas del sueldo por la dueña, una francesa de Segovia, madura y aceítosa. Luz roja y una escalerita de caracol y el ruido de los dados en la coctelera de la suerte, quebrando el ritmo de una música azul. Pero lo que más me atraía hacia aquel sitio era la posibilidad de reencontrarme con los músicos de otra ambigua sala de fiestas que había por allí cerca, donde se hacía un poco de *jazz* y

un poco de todo, más bien *swing* camuflado. Después del cierre recalaban por La Gata Roja, buscando no sabría qué; un wiski más barato, un suplemento de sueldo por entretener a errabundos como yo. Probablemente una cita con traficantes de hachís o de droga dura. El caso es que, por una u otra razón, yo volvería a escuchar los latidos del saxofón de Freddy, un negro antillano destacado en la base de Torrejón. La primera noche que me vio soplar en mi nuevo saxo fue un verdadero escándalo. Freddy y sus amigos se reían y aplaudían a partes iguales, ante lo nunca visto. Un saxofonista que tan pronto se ponía sublime, tan pronto fallaba en lo más elemental.

—¡No me digas que lees música y todo! No te apenes, amigo, se ve que no recuerdas el teclado, pero está bien, te lo digo yo, Freddy, o Federico, si tú lo prefieres. Mi abuelito era gallego.

—¿De dónde sales, chico? —Rosa me saludaba siempre con cierta autenticidad—. Qué rabia, tú tan moreno, y yo que no veo la playa desde hace un siglo.

—No la has visto nunca.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé todo.

—Pues qué bien.

Llevaba cinco días en Madrid, solo. Había cogido el irrespirable metro diez veces, dos por cada jornada de oficina, sin Coleman, ni Hawkins, ni Beni Carter, lo que se dice solo. Había visitado tres librerías sin comprar nada, tal vez rastreando, aunque sin proponérmelo, el itinerario de Françoise, y me había bebido casi dos botellas de ginebra, solo, solo en mi habitación.

—De acuerdo, señor Neruda. Gide y Rilke son gusanos del gran queso capitalista. Y qué. Vosotros habéis llegado tarde a la Historia.

—Qué estás diciendo.

—Me acordaba de una canción.

—¿Una canción de amor?

—No finjas que te emocionas.

—Grosero. Si no fuera por lo guapo que estás —esto ya era en el otro mostrador, más pequeño y más caro, junto a la escalerilla de caracol que conducía a las altas penumbras.

—Hablando de amor, ¿te llegó esa carta que esperabas de Sevilla?

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Tú mismo, ¿quién va a ser? Claro que estabas como una cuba y tuve que llevarte a tu pensión en taxi. Pero no hacías más que lloriquear diciendo «¿la recibiste o no la recibiste?». ¿Quién era esa?

—Olvídalo.

—Vamos, no te pongas triste. ¿Me quieres todavía?

—Locamente.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Ni el señor Bruskin viene ya a visitarme.

—¿Y ese quién es?

—Uno al que mi padre le debía pasta.

—¿Mucho?

—No lo sé, porque a lo mejor es mi propio padre. Usa hasta su mismo batín a rayas, bastante roto por cierto, y se sienta en la butaca coja. Anda, dime en qué pensión vives.

—Eso sí que no. Nos subimos arriba y te alivio.

—Ni hablar. Prefiero que lo nuestro sea un amor imposible.

—Bueno, tú te lo pierdes.

—¿Has visto a Freddy?

—Es muy temprano. Pero ya vendrá. Estos yanquis nunca se sabe.

—Ese tiene de yanqui lo que tú de camarera. Por cierto, ¿sabes que *camarera* viene de *cama*?

—Todos sois iguales.

—Me acuesto contigo con una condición.

—¿Cuál?

—Antes nos desnudamos y rezamos el rosario a los pies de la cama.

—Vete a hacer puñetas.

El séptimo día llamaron a la puerta y alguien apareció en el umbral, a contraluz. Traía un pequeño equipaje y su silueta era alargada, recta. Una voz frágil preguntó si le podían admitir. La patrona asintió o, más bien, toleró con un ladeo de cabeza, como quien tiene la pensión abarrotada y accede no obstante a procurar un sitio. Yo estaba adormilado en el diván del vestíbulo y aún no podía ver el rostro desconocido, que seguía jugando en la penumbra del corredor. Por fin la patrona encendió la luz.